



Revista Electrónica de Psicología Iztacala



Universidad Nacional Autónoma de México

Vol. 19 No. 3

Septiembre de 2016

INCORPORANDO LA DIMENSIÓN EMOCIONAL PARA COMPRENDER LA PROTESTA. UN ANÁLISIS DE LA PARTICIPACIÓN EN LA MARCHA EN SOLIDARIDAD CON AYOTZINAPA DEL 26 DE SEPTIEMBRE DE 2015

Alice Poma¹ y Tommaso Gravante²
Facultad de Estudios Superiores Iztacala
Universidad Nacional Autónoma de México

RESUMEN

Este artículo muestra como desde la sociología se esté incorporado la dimensión emocional de la protesta para la comprensión. Compartiendo con otras disciplinas el enfoque socio-cultural de las emociones, en el estudio de los movimientos sociales y la protesta destaca por los análisis empíricos y los estudios de caso. El objetivo de este texto es compartir los logros, avances y retos a futuro de esta aplicación del enfoque socio-cultural de las emociones para comprender las experiencias de protesta y los movimientos sociales, mostrando a través de un caso empírico, la participación en la marcha en solidaridad con Ayotzinapa del 26 de septiembre de 2015 durante la cual se hicieron 70 entrevistas a participantes de la misma, cómo se analizan las emociones en este campo de estudio, y cómo el análisis de la dimensión emocional contribuye a la comprensión de estas experiencias.

En particular, el texto se construye alrededor de tres preguntas: ¿Cómo se analizan las emociones en la literatura de los movimientos sociales? ¿Qué aporta el análisis de la dimensión emocional en el estudio de la protesta y de los movimientos sociales? Y finalmente, ¿cómo la dimensión emocional permite

¹ Becaria posdoctoral UNAM FES Iztacala, Correo Electrónico: alicepoma@gmail.com

² Becario posdoctoral UNAM FES Iztacala, Correo Electrónico: t.gravante@gmail.com

comprender la participación en la marcha del 26 de septiembre?

Palabras clave: Emociones, protesta, movimientos sociales, Ayotzinapa, participación.

INCORPORATING THE EMOTIONAL DIMENSION TO UNDERSTAND PROTEST. AN ANALYSIS OF THE PARTICIPATION IN THE MARCH IN SOLIDARITY WITH AYOTZINAPA ON SEPTEMBER 26, 2015

ABSTRACT

This article shows how sociologists incorporate the emotional dimension for understanding protest. Sharing with other disciplines the socio-cultural approach to emotion, the study of social movements and protest stands out because of empirical analysis and case studies.

The aim of this paper is to share the achievements, progress and future challenges of this application of socio-cultural approach of emotions for understanding the experiences of protest and social movements, showing through an empirical case -the participation in the march in solidarity with Ayotzinapa on 26 September 2015, during which we made 70 interviews with participants-, how emotions are analyzed in this field of study, and how the analysis of the emotional dimension of protest contributes to the comprehension of these experiences. In particular, the text revolves around three questions: How emotions are analyzed in social movements literature? How contributes the analysis of the emotional dimension in the study of protest and social movements? And finally, how the emotional dimension allows comprehending participation in the march on September 26?

Key words: Emotions, protest, social movements, Ayotzinapa, participation.

INTRODUCCIÓN

En los últimos treinta cinco años las y los investigadores que se han dedicado al estudio socio-cultural de las emociones (Rosaldo, 1980; Lutz y White, 1986; Lutz, 1988; Hochschild 1979 y 1983; Illouz, 2007) han demostrado que al analizar la dimensión emocional de los procesos sociales y culturales se puede contribuir al conocimiento del mundo social. Entre las diferentes disciplinas (antropología, historia, sociología, etc.) y campos de estudio (antropología médica, sociología del trabajo y de las organizaciones, etcétera) que han contribuido a al estudio de las emociones como variables explicativas para comprender el mundo social, en sociología destaca por su contribución tanto teórica como analítica la aplicación del análisis de la dimensión emocional en el campo de la protesta y de los movimientos sociales.

Siendo la literatura de referencia anglosajona, en la academia hispano-hablante son aún escasas las contribuciones que se apoyan en los autores que desde hace veinte cinco años están analizando el papel de las emociones para comprender la protesta y los movimientos sociales. Una excepción son los autores de este artículo que desde hace cinco años están contribuyendo a la difusión y aplicación de esta literatura tanto en España como en América Latina. Por esta razón, en otoño de 2015 se decidió proponer en la FES-Iztacala un curso PROSAP intitulado “Laboratorio de investigación social: Emociones y protesta. Una introducción”, con el objetivo de difundir las ideas y concepto principales que conforman este campo de estudio, no sólo como herramientas de investigación para los que quieran analizar estas experiencias, sino también como instrumentos para la comprensión de la realidad por parte de estudiantes que participan u observan lo que está pasando a su alrededor.

Sin la pretensión de resumir el contenido del curso, el objetivo de este texto es compartir los logros, avances y retos a futuro de esta aplicación del enfoque socio-cultural de las emociones para comprender las experiencias de protesta y los movimientos sociales, mostrando a través de un caso empírico cómo se analizan las emociones en este campo de estudio, y qué aporta su incorporación.

El artículo estará dividido en cuatro párrafos: el primero será dedicado a introducir brevemente los antecedentes de la literatura y su carácter innovador; sucesivamente presentaremos el enfoque desde el que se analizan las emociones, es decir, cómo se analizan las emociones en la literatura de los movimientos sociales, para luego evidenciar en las últimas dos secciones qué aporta el análisis de la dimensión emocional en el estudio de la protesta y de los movimientos sociales y finalmente, cómo la dimensión emocional permite comprender la participación en un caso concreto de acción colectiva, a través de los resultados del trabajo de campo llevado a cabo en la marcha en solidaridad con Ayotzinapa que tuvo lugar el 26 de septiembre de 2015 en la Ciudad de México. Concluiremos destacando la relevancia de aplicar esta literatura para la comprensión de los movimientos sociales y experiencias de protesta en México.

ANTECEDENTES Y RETOS A FUTURO

Después de veinte cinco años de estudio del papel de las emociones en la protesta y los movimientos sociales, ya está más que consolidada la idea que las emociones juegan un papel relevante en estas experiencias, tanto que los autores que más han contribuido a este campo de estudio escribieron, hace ya dieciséis años que “[e]s difícil pensar en actividades y relaciones que sean más abiertamente emocionales que las asociadas con la protesta política y la resistencia” (Goodwin, Jasper y Polletta, 2000; p. 78).

A pesar de que podría parecer obvia la relevancia de las emociones en las experiencias de protesta, las principales teorías para la comprensión de los movimientos sociales (i.e. movilización de los recursos, procesos políticos, oportunidades políticas) no incluyen la dimensión emocional, teniendo una explicación estructuralista de la sociedad y centrándose en la idea de “actor racional”. Eso se debe a que hasta los años sesenta del siglo XX las emociones eran incluidas en el estudio de las masas y de los comportamientos colectivos como elementos desviantes. Desde los años sesenta tanto las teorías marxistas como las estructuralistas, rechazando esa visión de las pasiones como elemento de descontrol social e influenciados por las teorías económicas, introducen la idea

del actor racional, que empezará a superarse desde los años noventa del siglo XX, por un lado gracias al giro cultural en el estudio de los movimientos sociales y la protesta (Johnsont y Klandermans 1995; Laraña, Johnston, y Gusfield 1994; Touraine, 1985; Melucci, 1989), y sucesivamente a la incorporación de las emociones, con una investigación de Helena Flam (1990a,1990b, 2000) en el que se presenta el modelo del “hombre emocional” que se contrapone al actor racional. En la misma década de los noventa, también se publican los trabajos de otro investigador que destaca en el estudio de las emociones en la protesta, James Jasper, y en 2001 se publica una obra colectiva (Goodwin, Jasper y Polletta, 2001) que consolidará esta línea de investigación en la academia anglosajona, tanto que uno de los sociólogos europeos más destacados en el estudio de los movimientos sociales identifica este campo de estudio como un “paradigma alternativo” en el estudio de los movimientos sociales (Diani, 2015).

A pesar de ser una literatura reciente, los trabajos empíricos y teóricos publicados hasta ahora no dejan dudas en la importancia de las emociones en las experiencias de protesta y en los movimientos sociales, pero sí queda mucho trabajo por hacer para poder determinar y mostrar qué papel juegan las emociones, cada una y en conjunto, en los diferentes procesos que caracterizan la acción colectiva, como: la participación, la formación de una identidad colectiva, el suceso o fracaso de un movimiento, el fortalecimiento o división de un grupo o colectivo, el impacto de un movimiento. Por esta razón, más que centrarse en evidenciar la presencia de las emociones en los movimientos sociales el reto a futuro es desarrollar trabajos empíricos que puedan contribuir a comprender cómo la dimensión emocional en su conjunto influye en determinados procesos políticos y sociales.

¿CÓMO SE ANALIZAN LAS EMOCIONES EN LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

Para comprender cómo analizar el papel de las emociones en el estudio de la protesta y de los movimientos sociales es necesario comprender cómo se manejan las emociones en este campo de estudio.

El punto de partida para los autores que están desarrollando esta línea de investigación es la propuesta de la socióloga norteamericana Arlie Hochschild (1975, 1979, 1983), que considera las emociones como constructos socio-culturales. Desvinculándose de la idea de las emociones como entidades orgánicas, lo que acomuna los autores que se tratarán en este artículo es la atención que ellos dan a los procesos de reflexión y re-significación que los sujetos elaboran a partir de lo que sienten, y la capacidad de los sujetos de manejar sus emociones. Bajo esta perspectiva, los sujetos no son arrastrados por sus pasiones, sino que reflexionan y actúan a raíz de lo que sienten, y sienten también a raíz de lo que piensan, de sus valores, creencias, cultura, etc.

Como constructos sociales y culturales, las emociones sentidas por los sujetos no pueden ser universales, y no se puede limitar su entendimiento a un conocimiento causal. Una misma emoción, puede ser nombrada, expresada, resignificada y manejada de manera diferente según la biografía del sujeto, su cultura, creencias, valores, etc. y un mismo evento puede provocar en sujetos diferentes emociones muy diversas. A manera de ejemplo, cuando una estudiante del curso nos preguntó por qué no todos sentían indignación hacia las mismas injusticias, explicamos que siendo la indignación una emoción moral (Jasper, 2006 y 2012), esa depende de lo que cada sujeto considera justo o injusto, es decir, depende de los valores, expectativas y creencias de los sujetos. Para poder sentir indignación hay que enmarcar un evento o vivencia como algo injusto, proceso que Gamson (1992) definió como *injustice frame*, el marco de injusticia³. Y este proceso depende de la cultura, los valores y las creencias de los sujetos.

En esta línea, Arlie Hochschild (1979, 1983), destacó por demostrar que en cada cultura hay reglas del sentir que establecen que hay emociones aceptadas socialmente y otras que son sancionadas. La autora además demostró la capacidad de manejo de las emociones de los seres humanos en su vida cotidiana para que lo que se siente sea en sintonía con las reglas del sentir, o a veces para desafiarlas y superarlas. De este manera, avergonzarse en determinadas

³ Para ver una aplicación de este concepto, véase Poma 2013, 2014a, 2014b; Gravante, 2016; Poma y Gravante 2015a, 2015b 2016a, 2016b, 2016c.

situaciones o sentir indignación frente a determinados eventos que el sujeto enmarca como injustos, son parte de la cultura e identidad del sujeto, las cuales no son estáticas, sino que pueden cambiar a lo largo de la vida de la personas. Así, Hochschild (1979, 1983), elaboró el concepto de trabajo emocional, que es la capacidad de los seres humanos de manejar sus emociones para encajar en las reglas del sentir o desafiarlas. Un ejemplo es el trabajo emocional que caracteriza la comunidad LGTBQ de superar la vergüenza y transformarla en orgullo (Gould, 2009).

Otra diferencia que se puede apreciar en la literatura sobre el rol de la dimensión emocional en la protesta, es que los investigadores no se han limitado al estudio de las emociones primarias o básicas (véase el “atlas de las emociones” propuesto por Paul Ekman), sino se ha dado mayor importancia a las emociones morales, es decir aquellas emociones que requieren un amplio procesamiento cognitivo, a los estados de ánimo, los vínculos afectivos y a la dimensión colectiva de las emociones (Goodwin y Jasper, 2004; Jasper, 2006 y 2012).

Las emociones morales, además de indignación, ultraje, orgullo, vergüenza, incluyen también formas complejas de rabia, miedo y otras emociones primarias. Si tomamos como ejemplo la rabia, considerada por la mayoría como una emoción primaria, resulta que existen formas complejas de rabia que emergen como conjunto de procesos cognitivos y marcos socio-culturales. Pensamos, por ejemplo, en el concepto de “digna rabia” o “rabia organizada” que usan tanto los zapatistas como otros sujetos sociales y políticos en México (Poma y Gravante, 2015b).

En cuanto a los estados de ánimo, estos son centrales en las experiencias de protesta y de los movimientos sociales porque pueden determinar la decisión de involucrarse o no, de abandonar un movimiento, y también son el resultado de la experiencia de los sujetos. Pesimismo y optimismo, esperanza y desesperanza, empoderamiento o sentimiento de eficacia e impotencia, resignación, cinismo, etc. todos estos estados de ánimos puede influir en la participación, y el reto del investigador es analizar cómo y cuándo influyen y qué papel tienen.

Como ya se evidenció, no podemos universalizar las emociones, ya que sería incorrecto decir que algunas emociones son siempre “movilizadoras” y otras “desmovilizadoras”. Un mismo sentimiento puede motivar en determinados contextos y desmotivar en otros, por esa razón es tan importante desarrollar trabajos empíricos en los que se evidencie el papel de diferentes emociones en distintos contextos para poder encontrar patrones comunes. De la misma manera creemos necesario superar el dualismo entre emociones positivas y negativas, ya que este atributo dependerá de la interpretación del sujeto acerca de su propia experiencia. Sólo para proporcionar un ejemplo entre muchos, el miedo puede ser considerado positivo cuando permite evitar un peligro y negativo cuando paraliza frente a un cambio que podría mejorar una situación. De la misma manera, en el campo de la protesta el miedo puede ser desmovilizador, por ejemplo, cuando una o más personas deciden no participar por miedo a la represión, pero también movilizar cuando se trata del miedo a perder derechos, un lugar, etc. Si el miedo es movilizador o no, dependerá de la reflexión que el sujeto hará alrededor del sentimiento de miedo que siente, de sus expectativas y valores, así como de la coparticipación de otras emociones (morales, estados de ánimos, colectivas, etc.), como la resignación o la esperanza, la impotencia o el sentimiento de eficacia, etc. Finalmente, por lo que concierne la dimensión colectiva de las emociones, Jasper (1997 y 2013) habla de emociones colectivas que él diferencia en recíprocas y compartidas, es decir, las emociones que las personas sienten entre ellos, y las que comparten en los momentos colectivos. Las primeras son los vínculos afectivos que pueden influir ya que actuamos no como seres aislados, sino como miembros de una sociedad, con relaciones sociales, familias, amigos, etc. Las segundas son las emociones que las personas comparten en los momentos colectivos. Jasper (1997) señaló la importancia de estas últimas en alimentar la “energía emocional”, el “placer de la protesta” y también la identidad colectiva (Polletta y Jasper, 2001; Bayar de Volo, 2006).

La dimensión colectiva de las emociones implica que éstas además de ser sentidas por el individuo se comparten, contagian, manejan, o reinterpretan colectivamente. De esta manera, cuando se está analizando una experiencia de

protesta o un movimiento social hay que centrarse no sólo en cómo el sujeto interpreta lo que siente y actúa en consecuencia, sino también en cómo la interacción con otros sujetos influyen en su interceptación y acción.

Para concluir este apartado, las emociones, desde esta perspectiva sociológica:

- i. son parte de la cultura, tanto de un país, como de una subcultura de movimiento o grupo social;
- ii. son parte de la cognición, rompiendo el dualismo entre emociones y racionalidad; y
- iii. pueden ser manejadas y hasta utilizadas estratégicamente por los individuos y grupos.

Para el estudio de la protesta es así central la relación entre el sentir, el pensar y el actuar, tres procesos inseparables, tanto que en uno de sus últimos escritos Jasper afirma que las emociones son “formas de pensar” (2014; p. 25).

¿QUÉ APORTA EL ANÁLISIS DE LA DIMENSIÓN EMOCIONAL EN EL ESTUDIO DE LA PROTESTA Y DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES?

Como ya se ha anticipado, el estudio de la dimensión emocional de la protesta permite explicar diferentes aspectos de estas experiencias como: porqué las personas se movilizan y hasta donde están dispuestos a llegar, porqué abandonan (*burnout*), porqué siguen -a pesar de todo-, las divisiones y problemas internos de los grupos, lo que pasa cuando los movimientos terminan (por escisión/división, represión o éxito), la construcción de la identidad colectiva, los impactos de los movimientos, algunas decisiones tácticas y el carácter emancipatorio de la protesta. Además, permite centrarse en los individuos y pequeños grupos que son los primeros en preocuparse de los problemas (Jasper, 2014a; p. 24), permitiendo abarcar la complejidad de actores que participan y/o que conforman un movimiento social y de este modo ampliando el conocimiento de las diferentes dinámicas de la acción colectiva.

Siendo inviable presentar ejemplos para cada uno de estos procesos⁴, a modo de ejemplo, en este artículo mostraremos cómo la dimensión emocional permite comprender la participación de la gente, basándonos en el caso de la marcha del 26 de septiembre en solidaridad con Ayotzinapa.

Mientras las teorías focalizadas en la estructura social no han dado mucho peso al porqué la gente participa, ya que su involucramiento estaba relacionado con la pertenencia a un determinado sector socio-económico (obreros, estudiantes, etc.) o racial (negro, latino, indígena), las teorías culturales que se difundieron en los años noventa partiendo de la observación que no todas las personas que pertenecen a un sector socio-económico se involucraban, empezaron a hacer hincapié en la importancia de la identidad colectiva, es decir del sentimiento de pertenencia compartido a un sujeto colectivo. Las críticas que Polletta y Jasper (2001), hacen al concepto de identidad colectiva usado por los autores culturalistas como Melucci (1996), es de haberse convertido en un cajón de sastre, perdiendo valor explicativo. Ellos además hacen hincapié que las emociones también contribuyen a la construcción de la identidad colectiva, necesitándose más trabajos empíricos para determinar este concepto para que sea útil en la comprensión de las experiencias de protesta.

Lo que el enfoque que incorpora la dimensión emocional ha permitido, es volver a poner los sujetos tanto individuales como colectivos al centro del análisis, tanto que Jasper (1997), en su propuesta analítica sugiere volver a incorporar el análisis tanto de la dimensión cultural de la protesta, que incluye las emociones, como la dimensión biográfica de los sujetos.

Para aterrizar en un caso concreto, vamos viendo algunos avances de investigación sobre la participación en la marcha por el primer aniversario de la muerte de seis personas y la desaparición de 43 estudiantes de la escuela normal de Ayotzinapa, que tuvo lugar el 26 de septiembre de 2015 en la Ciudad de México.

⁴ Para una aplicación de estos conceptos véase Poma 2013, 2014a, 2014b; Gravante, 2016; Poma y Gravante 2015a, 2015b, 2015c, 2016a, 2016b.

Durante esta marcha se hicieron entrevistas a setenta participantes, la mayoría de los cuales no pertenecían a ninguna organización y de edad y extractos sociales diferentes, focalizando la atención en cuatro preguntas, dos de las cuales estaban pensadas para comprender la participación a la marcha, una centrada en las emociones que estaban sintiendo en la marcha, y la última acerca de las expectativas a futuro.

Para lo que concierne las motivaciones a participar, el sentimiento de identificación y la empatía tanto con los padres como con los propios estudiantes desaparecidos, fueron clave para en la decisión de los entrevistados a participar. Analizando la dimensión emocional pudimos comprobar que la identificación de los participantes con estos sujetos sociales no está basada en compartir una condición socio-económica, racial, cultural, sexual, sino en el compartir algunas emociones, en particular el dolor y la rabia, o para ser más específicos, formas complejas de dolor y rabia.

En particular, los entrevistados padres y madres de familia, expresaron que su primera razón al estar participando era proporcionar el apoyo a los padres para que no se sintiesen solos y abandonados, y no por una confianza en el impacto de la marcha. De hecho, ninguno de los entrevistados expresó tener expectativas hacia el gobierno a raíz de la marcha, a pesar que fue exitosa y muy participada y transmitió esperanza, alegría y satisfacción a los participantes entrevistados.

Los estudiantes, expresaron empatía tanto como estudiantes, que en este caso representan las víctimas, como hacia los padres, pensando lo que podrían sufrir sus propios padres si les pasara algo parecido. Tanto jóvenes como adultos y personas mayores expresaron la convicción que cualquiera de ellos podría ser víctima de una violencia parecida en el futuro.

Analizando las entrevistas, se encontró un parecido con un análisis que hizo una socióloga estadounidense del movimiento de ACT UP en los Estados Unidos (Gould, 2009). A pesar que Gould analiza, incorporando la dimensión emocional, un movimiento LGTBQ en los años noventa en su país que se organizó contra la gestión del gobierno de la crisis de SIDA que estaba provocando centenares de muertos en la comunidad LGTBQ, se pueden encontrar similitudes entre los dos

casos, y algunas sugerencias para el análisis. Por ejemplo, Gould (2009; p.30) hace hincapié en la importancia del contexto histórico y político en el que emergen determinadas emociones. En nuestro caso consideramos que el énfasis en el dolor y la rabia no sea casual en el México actual, ya que sólo por hacer un ejemplo, los comunicados del EZLN y la narrativa de los zapatistas llevan años haciendo hincapié en la importancia del dolor y la rabia no sólo en la motivación que los ha llevado a levantarse en 1994, sino también en la construcción de la solidaridad con individuos, colectivos y movimientos en México y en el mundo.

Continuando, Gould (2009; p. 49), muestra como la crisis del SIDA se caracterizaba por una “inmensa aflicción” de la población, que estaba “sufriendo extremas y múltiples pérdida”, “muertes dolorosas y prematuras” en un contexto en el que la “la discriminación, el ostracismo y la violencia eran en aumento”. Claro que la autora está hablando de muertes por SIDA y de discriminación por ser homosexuales y enfermos de SIDA, pero el hecho de culpar el Estado por no estar manejando la crisis y dejar morir a los enfermos sin invertir en tratamientos, hace que el proceso de *framing* (enmarcamiento) de la crisis, unido con las emociones experimentadas por los participantes, tenga patrones comunes con la crisis social y política emergida a raíz de los hechos de Ayotzinapa.

Otro aspecto a destacar es que Gould (2009; p.50), describe como la comunidad LGTBQ se sentía “bajo ataque”, y el enemigo o culpable era el Estado. La autora describe como se estaba difundiendo “una fuerte y creciente sensación que el gobierno está desatendiendo a la crisis”, que “los canales de la política institucional no pueden cambiar la situación”, denunciando además “la indiferencia del gobierno frente a las dificultades y la muerte de miembros de la población” (2009; p. 51). El análisis de las entrevistas a los participantes a la marcha muestra cómo sólo dos de los setenta entrevistados expresaron esperanza hacia el posible cambio de gobierno de 2018, mientras que todos tenían expectativas positivas sólo hacia un posible cambio que pudiese emerger desde abajo.

En cuanto al porqué estaban participando los entrevistados a la marcha, hemos podido observar que en la manifestación las formas de comunicar contenidos y demandas se han desarrollado en dos niveles comunicativos: uno horizontal, es

decir, hacia los otros “inconformes” y “sin poder”: y uno vertical, es decir, hacía el gobierno y “los poderosos”. Como ya hemos anticipado, la motivación a participar de todos los entrevistados era expresar solidaridad y apoyo a los padres, pero a eso se unió también una voluntad de: “generar conciencia y dignidad”; “despertar al pueblo”, en particular referido a los que no estaban participando, y por último “no olvidar los tremendos acontecimientos” que pasaron el 26 de septiembre de 2014. De momento que una marcha es un evento de protesta público y político, entre los destinatarios también está el gobierno, al que los participantes entrevistados querían mostrar “descontento e inconformidad” con su labor; “que la gente no ha olvidado lo que pasó” en 2014, y finalmente también que mostrar “que la gente sigue en pie”, es decir, mantiene su dignidad a pesar de no haber recibido justicia y sentirse amenazada. Como se puede intuir, emociones diferentes influyen en cada una de estas motivaciones, y en el siguiente párrafo iremos presentando un análisis de la dimensión emocional para que se pueda apreciar la complejidad emocional que construye la participación en una marcha.

Esta primera lectura de la participación de la marcha del 26 de septiembre de 2015, también llamado “día de la indignación”, muestra como los objetivos de la marcha, desde la perspectiva de los entrevistados, no siempre reflejan los objetivos oficiales que se pueden leer en los comunicados, en las páginas web o en los periódicos y que han sido difundidos por los organizadores de la marcha, pero eso no significa que los participantes no están en sintonías con los organizadores, sino más bien que hay una riqueza de perspectivas y experiencias que sólo se puede apreciar cuando se explora el nivel micro e incorporando la dimensión emocional. Si los números, por ejemplo de los participantes a una marcha, y los discursos oficiales, como pueden ser los comunicados del EZLN o de los organizadores de un evento de protesta, son importante porque pueden alimentar el sentimiento de pertenencia a un actor colectivo o, aplicando un concepto de Hochschild, alimentar la cultura emocional de un movimiento⁵; el

⁵ Según Hochschild (2008, p. 293) “una cultura emocional es un conjunto de rituales, creencias en torno de los sentimientos y reglas directrices de los sentimientos que inducen a focalizar las emociones”.

analizar la dimensión emocional de los participantes puede proporcionar informaciones sobre lo que se mueve a las personas a involucrarse. El desfase entre las expectativas y motivaciones de los participantes y las de los organizadores del evento y de las organizaciones de los movimientos sociales, puede ser la clave para comprender por ejemplo el agotamiento o abandono por parte de la gente, como ha demostrado por ejemplo Gould (2009), o en caso contrario el éxito de algunos eventos que de manera inesperada.

Infravalorar todas las dimensiones que constituyen la acción colectiva, y la diversidad y complejidad de los sujetos que la constituyen, limita tanto la comprensión de estas experiencias, como su potencial de cambio social, y en esto radica la importancia de analizar las dinámicas que caracterizan la protesta y los movimientos sociales a nivel micro, meso y macro incorporando la dimensión emocional, para poder alcanzar una comprensión no superficial de las dinámicas de las protesta.

ANALIZANDO CÓMO LA DIMENSIÓN EMOCIONAL PERMITE COMPRENDER LA PARTICIPACIÓN EN LA MARCHA DEL 26 DE SEPTIEMBRE

En este último párrafo queremos mostrar cómo se puede trabajar con las emociones desde un enfoque socio-cultural, y la complejidad que eso conlleva, de momento que nuestra atención no está centrada en una emoción en particular, sino en el conjunto de las emociones observadas y expresadas por los sujetos entrevistados y cómo éstas influyen en la participación a la marcha.

A pesar de que el cartel de la marcha del 26 de septiembre de 2015 llamaba al “día de la indignación”, en nuestras entrevistas pudimos apreciar que la indignación no era la emoción que más acomunaba a los entrevistados. Aunque emergió claramente un sentimiento de indignación, que recordamos ser un sentimiento que está relacionado con la percepción de una situación como injusta (Cadena-Roa, 2005; Jasper, 2012), entre las emociones morales observadas pudimos encontrar: descontento, hartazgo, decepción, ultraje; tristeza “moral”; coraje y rabia “morales”, solidaridad y apoyo, incertidumbre, preocupación, angustia, dolor “moral” y conmoción.

El descontento y el hartazgo están relacionados con la situación del país, y en particular con la conciencia de estar viviendo una etapa difícil de la historia de México, caracterizada por la impunidad y la violencia, donde los 43 estudiantes desaparecidos se convirtieron en el símbolo de miles de personas desaparecidas y que hay sufrido violencia y represión en todo el país. Citando a unos entrevistados, estos sentimientos se asocian a la idea de que “el país se está cayendo a pedazos” (E67) y que hay una “campaña muy agresiva contra diversos sectores de la sociedad” (E65).

El descontento y el hartazgo hacia la situación del país y el gobierno, están además asociados a otras emociones como el amor, responsabilidad y compromiso hacia México, evidenciando que en México el concepto de patria se separa del concepto de gobierno, hacia el que como veremos más adelante se sienten determinadas emociones.

Empezamos así a encontrar emociones “encontradas” o contrastantes, como impotencia hacia el gobierno y sentimiento de eficacia hacia el pueblo, o tristeza y frustración hacia el gobierno y esperanza hacia el pueblo. Si se puede apreciar un desapego y falta de confianza hacia la institución gubernamental, por el otro lado se observa apego, amor y esperanza hacia un México que está fuera de las instituciones, en la calle.

Si centramos nuestra atención en la direccionalidad de las emociones, podemos observar un trabajo emocional ya que, como muestra Hochschild (1975), los sentimientos más positivos suelen subir la cuesta sociopolítica siendo más probable que el enojo se dirija a personas cuyo poder es menor. Las emociones así sentidas hacia el gobierno (desilusión, desprecio, desconfianza, rabia, tristeza, indignación, ultraje, deslegitimación, etc.) y por el otro lado hacia los otros “inconformes” que luchan (esperanza, respeto, confianza, solidaridad, empatía, etc.) muestran un cambio en uno de los patrones de las reglas del sentir por parte de los entrevistados.

Ahondando en las emociones sentidas hacia el gobierno, el desapego que expresaron los entrevistados, es el resultado de sus experiencias y de diferentes emociones que han experimentado, como por ejemplo el ultraje. El ultraje es una

emoción que se siente cuando el sujeto piensa estar sufriendo o haber sufrido una ofensa. Como ya pudimos comprobar en otras investigaciones (Poma, 2013; Gravante, 2016; Poma y Gravante 2013 y 2015a), los entrevistados expresan su ultraje en relación con el trato que sienten haber tenido por parte de las autoridades. Un entrevistado por ejemplo así lo expresó: “las autoridades (...) nos tratan como si fuéramos gente demente, que no entendemos las cosas, entonces es una burla total” (E57), y otra persona dijo sentir ultraje “por las mentiras del gobierno” (E63).

Siguiendo la propuesta analítica de Flam (2005), y analizando las emociones que se sienten hacia el gobierno, observamos que mientras vienen menos las que la autora define como “*cementing emotions*” (emociones que cimientan) como la gratitud, lealtad, miedo y la vergüenza, que existen para mantener las relaciones de dominio en la sociedad; emergen hacia el gobierno lo que la autora define como emociones subversivas “*subversive counter-emotions*”, entre las que encontramos el odio, desprecio y la rabia, y que producen un distanciamiento de la gente hacia el sistema de dominación, como muestra este extracto: “los del gobierno son los ladrones, los asesinos, y los que quieren siempre pisotear al pueblo” (E45).

La deslegitimación del sistema, que Piven y Cloward (1977), ya han identificado como una etapa de la transformación de conciencia y de conducta que pueden experimentar los que protestan, se demuestra estar influenciada por las emociones que las personas sienten hacia el gobierno. Pero la deslegitimación del sistema y el desapego a las instituciones, podrían producir impotencia o resignación si no estuvieran compensadas con una redirección de otras emociones hacia otros actores, en este caso no institucionales.

De hecho en las entrevistas emergieron estados de ánimo contrastantes, por ejemplo cuando una persona afirma: “Estoy pesimista, no espero un gran cambio, espero que se siga haciendo un eco social que se extienda un poco más, pero yo a lo que respeta el gobierno no creo que va a haber más allá, pero espero que nosotros como sociedad, sí lleguemos a algún punto” (E52).

A la desesperanza hacia un posible cambio desde arriba, se contrapone la esperanza que un cambio pueda llegar desde abajo, como afirma este entrevistado: “en el gobierno no [creo] mucho, pero en nosotros sí, mucho, porque estamos cambiando conciencias” (E26). De la misma manera se puede apreciar una desconfianza hacia “el poder” y una confianza hacia los que no están en el poder, como emerge de este extracto: “me espero algo más de la gente organizada, de la gente que no está en el poder” (E49).

La participación está así influenciada por las emociones que se sienten tanto hacia el gobierno, como hacia el pueblo, con el que los participantes entrevistados se identifican. Pero todas estas emociones que se observan no son innatas, sino se han construido a partir de la experiencia y de la empatía. De hecho, uno de los procesos que alimenta la identificación con un colectivo es el compartir emociones, como también demuestra la investigación de Bayard de Volo (2006). Eso nos reconduce a un aspecto tratado en el segundo párrafo: la dimensión colectiva de las emociones.

A pesar que las emociones se sientan individualmente, el hecho de compartirlas con otros crea nuevos vínculos y complicidad entre los que las comparten. Además, por lo que concierne las emociones morales, el hecho de compartirlas significa que se comparten también los valores o ideas que han permitido desarrollar esta emoción. En el campo de la protesta y los movimientos sociales, el compartir emociones hace que se alimente un “nosotros”, que cuando amenazado mueve a las personas a participar para defenderse.

Analizando las emociones compartidas entre los participantes entrevistados, como ya hemos anticipado, la indignación está presente y está relacionada con la impunidad y el sentimiento de injusticia por la muerte y desaparición de los estudiantes, pero otras emociones morales como formas complejas de dolor y rabia han sido expresados por todos los entrevistados. Como expresó una persona entrevistada, lo que sintió fue: “dolor porque no los han encontrado. Coraje porque no se sabe nada y el gobierno está poniendo muchas trabas para poder saber en sí cuál fue el fin de los chavos” (E52).

El dolor está relacionado con el duelo, la muerte, pero también la situación del país. Al dolor se añade la tristeza, que es generada por diferentes razones, por ejemplo: “por el por qué estamos aquí” (E15), “a saber que todos estamos expuestos a esto” (E66), “porque el mes pasado no había tanta gente” (E48), “porque el gobierno les miente a los padres” (E56). Estos sentimientos de tristeza son el resultado de una elaboración cognitiva, y podrían llevar a una desmovilización o agotamiento si no fueran asociadas con otras emociones como la rabia.

La rabia, o coraje, cuando son elaboradas cognitivamente pueden movilizar, y además alimentar la identidad colectiva de los que se sienten enfadados con el mismo responsable de la situación contra la que están protestando. En las entrevistas, los participantes expresaron su rabia contra el gobierno afirmando “que el gobierno cumpla y haya una solución porque la gente, tiene, tenemos coraje” (E41). El “nosotros” que tiene coraje, que comparte el dolor y la tristeza es el pueblo que está en la marcha, y como se puede apreciar analizando la dimensión emocional esta identificación es basada en la empatía y emociones compartidas.

Al coraje, muchos entrevistados asocian además la impotencia hacia el gobierno del que no se esperan nada, como una motivación más para participar en la marcha y construir un sujeto colectivo “desde abajo” que pueda contraponerse al gobierno. La impotencia, podría ser considerada una emoción desmovilizadora, ya que si una persona no cree que puede cambiar las cosas nos esperamos que no haga nada, pero en este contexto los entrevistados nos explicaron que la impotencia los había movilizado. Una primera lectura que hemos hecho es que la impotencia “porque fue el gobierno” (E47) se compensa con otras emociones hacia el pueblo. Primero pudimos comprobar que los entrevistados sienten esperanza en los que están luchando y en que la movilización a la que están participando “sea el inicio de algo más amplio” (E69). Luego, también hay un sentimiento de eficacia hacia el pueblo, o como expresaron los entrevistados: “somos más los del pueblo que el gobierno. Si nos unimos, sí se puede” (E47).

La impotencia está relacionada también con la idea de que el gobierno no hará justicia porque el pueblo haya marchado, o como expresó otro entrevistado: “hay impotencia porque parece que con marchar está bien pero este país necesita un cambio urgente” (E58). Pero como afirmó otra persona, “son acciones que no causan relevancia ni impacto en ningún aspecto, pero sirven para mostrar que la gente sigue en pie, siguen en contra, seguirán en contra y van a estar en lucha” (E44). Aquí encontramos la satisfacción, ya que como dijo un entrevistado “aunque no nos oigan, somos muchos” (E51), la esperanza, la dignidad, la alegría y la energía emocional que se sienten en participar en la marcha, que se contraponen a la impotencia hacia el impacto del evento en sí, y que influyen en la consolidación de un sentimiento de pertenencia a un “nosotros”, que transforma la participación en una experiencia emocionalmente importante, tanto que una entrevistada afirmó: “me hace sentir muy emocionada. Se siente esa alegría, esa indignación que tienen todos” (E34).

Finalmente, explorando las expectativas y las emociones contrastantes, en particular las emociones que sienten estando en la marcha, las que sienten hacia los otros participantes (emociones recíprocas), y las que sienten hacia el gobierno, comprendemos porque los entrevistados a pesar de que una lógica coste-beneficios indicaría lo contrario, expresan su voluntad de seguir participando e involucrándose para ser parte del cambio que consideran necesario para el país. Emociones como la “felicidad porque no está todo perdido, porque somos muchos” (E56) o la “alegría porque hay mucha gente” (E48), alimentan lo que Jasper (1997), llamó el placer de la protesta, que es una de las razones porque las personas pueden seguir participando a pesar que no consideren que haya un impacto en el breve periodo o un cambio de actitud del gobierno. Esperanza y sentimiento de eficacia alimentan también el placer a la protesta, ya que producen un sentimiento de bienestar en quién participa, o como expresó un entrevistado: “me hace sentir bien porque siento que podemos lograr un cambio” (E16). Finalmente, analizar sentimientos contrastantes dirigidos a actores sociales diferentes nos ha permitido comprender cómo se va conformando el mundo

emocional de los participantes en la marcha y de cómo la dimensión emocional puede influir en sus acciones futuras.

CONCLUSIONES

En este artículo hemos querido presentar cómo se está incorporando la dimensión emocional al estudio de la protesta y qué permite alcanzar a comprender. En particular, presentamos los resultados de un caso de estudio, en el que hemos analizado la participación en la marcha del 26 de setiembre de 2015 en la Ciudad de México, incorporando la dimensión emocional, partiendo de la idea que “generalmente la gente es motivada por la rabia, la indignación, el miedo, la compasión o el sentimiento de responsabilidad, y no por el optimismo en las posibilidades seguras de obtener concesiones políticas a través de la protesta extra-institucional” (Polletta y Amenta, 2001; p. 305).

A lo largo del texto hemos mostrado como la literatura sociológica de referencia para el análisis de la dimensión emocional de la protesta, considera las emociones como constructos socio-culturales. Según este enfoque, las emociones conforman la cultura y los procesos cognitivos, y pueden ser manejadas por los sujetos, convirtiendo la experiencia en momentos de aprendizaje. Bajo esta perspectiva, las emociones pueden unir e dividir, movilizar y desmovilizar, dependiendo de la resignificación que los sujetos hacen de su vivencia.

En ese campo de estudio, las emociones no son el objeto de estudio, sino variables que pueden permitir comprender las dinámicas de la protesta. Por esta razón, incorporar el análisis de la dimensión emocional de la protesta presupone analizar el papel de diversas emociones en los procesos de acción colectiva, y no centrarse en el estudio de una o más emociones.

En cuanto a los beneficios de incorporar la dimensión emocional de la protesta, mostramos cómo permite alcanzar a comprender las experiencias de protesta, presentando como ejemplo el análisis de la participación en la marcha en solidaridad con Ayotzinapa del 26 de septiembre de 2015.

A través de este caso de estudio, mostramos que la participación es un proceso que está influido por diferentes emociones. Por ejemplo, vimos que las emociones

recíprocas y los vínculos afectivos juegan un papel en el compromiso y la decisión de participar. Mientras que las emociones compartidas influyen tanto en el placer de la protesta, como en la identificación entre un “nosotros” que se contrapone con un “ellos”. Emergió claramente también la direccionalidad de determinadas emociones hacia el “nosotros” y otras, opuestas, hasta el gobierno.

A pesar que la literatura aplicada en este trabajo sea casi exclusivamente anglosajona, y todavía poco difundida en la academia hispanohablante, creemos que las herramientas que proporciona, no sólo pueden ser aplicadas para comprender experiencias de protesta en el país, sino que permiten también evidenciar dinámicas y procesos que otros marcos teóricos y analíticos no abarcan.

Aplicar esa literatura y desarrollar trabajos empíricos que permitan construir conocimiento a partir de las experiencias de los sujetos puede ser una oportunidad tanto para quien está interesado a profundizar el estudio socio-cultural de las emociones, como para los estudiosos de los movimientos sociales de todas las latitudes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bayard de Volo, L. (2006). The Dynamics of Emotion and Activism: Grief, Gender, and Collective Identity in Revolutionary Nicaragua. *Mobilization*, *11* (4), 461-474.
- Cadena-Roa, J. (2005). Strategic Framing, Emotions, and Superbarrio-Mexico City's Masked Crusader. En H. Johnston y J. A. Noakes (Eds.). *Frames of Protest: Social Movements and the Framing Perspective*. MD-Oxford: Rowman & Littlefield.
- Diani, M. (2015). Revisando el concepto de movimiento social. *Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales*, *9*, 1-16.
- Flam, H. (1990a). Emotional 'Man': I. The Emotional 'Man' and the Problem of Collective Action. *International Sociology*, *5* (1), 39-56.
- Flam, H. (1990b). Emotional 'Man': II. Corporate Actors as Emotion-Motivated Emotion Managers, *International Sociology* *5* (2), 225-234.
- Flam, H. (2000). *The Emotional 'Man' and the Problem of Collective Action*. Berlin: Peter Lang.
- Flam, H. (2005). Emotion's map: a research agenda. En H. Flam y D. King (Eds.) *Emotions and Social Movement*. London: Routledge.
- Gamson, W. A. (1992). *Talking Politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Goodwin, J., Jasper J. M. y Polletta F. (2000). The Return of the Repressed: The Fall and Rise of Emotions in Social Movement Theory. *Mobilization*, *5* (1), 65-83.
- Goodwin, J., Jasper J. M. y Polletta F. (2001). *Passionate Politics: Emotions and Social Movements*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Gould, D. (2009). *Moving Politics: Emotion and ACT UP's Fight Against AIDS*. Chicago: University of Chicago Press.
- Gravante, T. (2016). *Cuando la gente toma la palabra. Medios digitales y cambio social en la insurgencia de Oaxaca*. Quito: Ediciones CIESPAL.
- Hochschild, A. (1975). The Sociology of Feeling and Emotion: Selected Possibilities. En M. Millman y R. M. Kanter (eds.) *Another Voice*. New York: Anchor.

- Hochschild, A. (1979). Emotion work, feeling rules, and social structure. *American Journal of Sociology*, *85* (3): 551-575.
- Hochschild, A. (1983). *The Managed Heart: the commercialization of human feeling*. Berkely: University of California Press.
- Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima. Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz
- Illouz, E. (2007). *Cold Intimacies: The Making of Emotional Capitalism*. London: Polity Press.
- Jasper, J. M. (1997). *The Art Moral of Protest: Culture, Biography, and Creativity in Social Movements*. Chicago: University Chicago Press.
- Jasper, J. M. (2006). Emotion and motivation. En R. Goodin y C. Tilly (Eds) *Oxford Handbook of Contextual Political Studies*. Oxford: Oxford Univ. Press.
- Jasper, J. M. (2012). Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, *4* (10), 46-66.
- Jasper, J. M. (2013). Emotions, sociology, and protest. En C. Von Scheve y M. Salmela (Eds.) *Collective Emotions*. Oxford: Oxford University Press.
- Jasper, J. M. (2014). Feeling - Thinking: Emotions as Central to Culture. En B. Baumgarten, P. Daphi y P. Ullrich (Eds.). *Conceptualizing Culture in Social Movement Research*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Johnston, H. y Klandermans B. (Eds.) (1995). *Social Movements and Culture*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- Laraña, E., Johnston, H. y Gusfield, J. (Eds.) (1994). *New Social Movements: From Ideology to Identity*. Philadelphia: Temple University Press.
- Lutz, C. (1988). *Unnatural Emotions: Everyday Sentiments on a Micronesian Atoll and Their Challenge to Western Theory*. Chicago: University Chicago Press.
- Lutz, C. y White, G. M. (1986). The Anthropology of Emotions. *Annual Review of Anthropology*, *15*, 405-436,
- Melucci, A. (1989). *Nomads of the Present: Social Movements and Individual Needs in Contemporary Society*. Philadelphia: Temple University Press.

- Piven, F. F. y Cloward, R. A. (1977). ***Poor People's Movements. Why They Succeed, How They Fail.*** New York: Pantheon Books.
- Polletta, F. y Amenta E. (2001). Second the emotion? Lessons from once-novel concepts in social movement research. En J. Goodwin, J. M. James y F. Polletta (Eds.) ***Passionate politics: emotions and social movements.*** Chicago: University of Chicago Press.
- Polletta, F. y Jasper J. M. (2001). Collective Identity and Social Movements. ***Annual Review of Sociology, 27*** (1), 283–305.
- Poma, A. (2013). ***Conflictos ambientales y cambio cultural. Un análisis desde la perspectiva de los afectados,*** Tesis doctoral, Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.
- Poma, A. (2014a). Emociones y subjetividad: un análisis desde abajo de las luchas por la defensa del territorio. ***Paper. Revista de Sociología, 99*** (3), 377-401.
- Poma, A. (2014b). Más allá de la resistencia: Emociones y cambio cultural en dos experiencias de conflictos contra obras hidráulicas en España y México. ***Agua y Territorio, 4***, 96-106.
- Poma, A. y Gravante, T. (2013). Emociones, protesta y cambio social. Una propuesta de análisis. ***Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad, 5*** (13), 21-34.
- Poma, A. y Gravante, T. (2015a). Analyzing resistances from below. A proposal of analysis based on three struggles against dams in Spain and Mexico. ***Capitalism, Nature & Socialism, 26*** (1), 59-76.
- Poma, A. y Gravante, T. (2015b). Las emociones como arena de la lucha política. Incorporando la dimensión emocional al estudio de la protesta y los movimientos sociales. ***Ciudadanía Activa, Revista Especializada en Estudios sobre la Sociedad Civil, 3*** (4), 17-44.
- Poma, A. y Gravante, T. (2015c). Emociones y empoderamiento en las luchas para la defensa del agua y el territorio. Una estudio comparado de tres conflictos en España y México. En J. Contreras Utrera, S. Rosas y J. R. Navarro-García (Eds.) ***Agua, Estado y Sociedad en América Latina y España.*** Veracruz, México/Sevilla, España: Universidad Veracruzana/EEHA-CSIC.
- Poma, A. y Gravante, T. (2016a). «This struggle bound us». An analysis of the emotional dimension of protest based on the study of four grassroots resistances in Spain and Mexico. ***Qualitative Sociology Review, 12*** (1), 142-161.

Poma, A. y Gravante, T.(2016b). Las luchas por la defensa del territorio como experiencias emancipadoras. Un análisis de la resistencia contra la presa de San Nicolás, Jalisco México. **Desacatos. Revista de Antropología Social, 52**, septiembre-diciembre.

Poma, A. y Gravante, T.(2016c). 'Fallas del sistema'. Un análisis desde abajo del movimiento anarcopunk en México. **Revista Mexicana de Sociología, 78** (3), julio-septiembre.

Rosaldo, M. (1980). **Knowledge and Passion. Ilongot Notions of Self and Social Life**. New York: Cambridge University Press.

Touraine, Alain (1985). An Introduction to the Study of Social Movements. **Social Research, 52**, 749-787.